

Tres incógnitas sobre el final de los tiempos

Cuestionario basado en el libro
San Agustín y el final apocalíptico del milenio: examen y síntesis
Una profundización adicional

Jorge Alberto Vásquez González

1. Dice la Escritura que de aquel día y hora nadie sabe sino solo Dios Padre. ¿A qué día y hora se puede referir el Señor Jesús exactamente?

Si nos concentramos en el capítulo 24 de san Mateo, observamos que comienza con el anuncio del Señor Jesús de la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén. Sobre esto preguntan sus discípulos con preocupación: «Dinos cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de tu venida y del final del mundo» (*Mt 24, 3*). Reparemos en que los discípulos querían saber, específicamente, el tiempo de la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén, que implicaba, en su sentir, la Parusía y el fin del mundo. Querían saber, precisamente, cuántos años, meses o días tenían que aguardar para estar prevenidos. El Señor Jesús no responde dándoles una fecha concreta, sino que les describe una serie de sucesos que se enmarcan en un determinado periodo histórico, los cuales no parecen limitarse a Judea sino ampliarse al orbe entero. Un dato esencial para conocer la proximidad de la Parusía y del final del mundo es el siguiente: «se predicará este Evangelio del Reino en todo el mundo en testimonio para todas las gentes, y entonces vendrá el fin» (*Mt 24, 14*). Es necesario, por lo tanto, que el Evangelio haya sido predicado en todo el planeta tierra, no únicamente en Judea, lo que ya se ha cumplido.

En cuanto al acontecimiento histórico fundamental y evidente sobre la proximidad de la venida del Señor Jesús y del final del

mundo, considero que esta es la señal decisiva: «cuando veáis la abominación de la desolación, que predijo el profeta Daniel, erigida en el lugar santo —quien lea, entienda—, entonces los que estén en Judea, que huyan a los montes; quien esté en el terrado, que no baje a tomar nada de su casa; y quien esté en el campo, que no vuelva atrás para tomar su manto» (*Mt 24, 15-18*). Tampoco el Señor Jesús responde dándoles a sus discípulos la fecha concreta de esta señal, sino que los remite al profeta Daniel, de quien pide, incluso exige, leer y entender la profecía correspondiente. La abominación de la desolación comporta, con relación a Judea, la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén, que fue a causa de la apostasía y la maldad de algunos judíos y de la consiguiente justicia bélica de Roma, pero desde entonces no sucedió inmediatamente la Parusía ni el final del mundo. Las ruinas del Segundo Templo de Jerusalén han quedado como una señal permanente durante muchos siglos.

Por lo visto, la advertencia del Señor Jesús sigue vigente: la abominación de la desolación, esto es, la horrible devastación del santuario, principalmente por los pecados de los hombres y finalmente como un castigo de Dios, comporta también, con relación a la Roma actual, que ha sido llamada la segunda Jerusalén, la destrucción del Vaticano, hecho que presagiaría la inminencia de la Parusía y del final del mundo. Se trata siempre de una intervención militar, a semejanza de la de Antíoco IV Epífanés sobre el Templo de Jerusalén (cf. *1 M 1, 20-24*), solo que en este caso será liderada por el Anticristo final, aquel que san Pablo denomina el hijo de la perdicción, y san Juan, la bestia que sube del abismo, cuya manifestación depende primero de la apostasía de las naciones, lo que ya, sin duda, estamos viviendo.

A mi parecer, la imagen profética del Tercer Secreto de Fátima, publicado en el año 2000, se refiere a la abominación de la desolación, cuya señal da comienzo al periodo de la gran tribulación, que dura cuarenta y dos meses de persecución contra la Iglesia,

tiempo que se cuenta a partir de la mitad de la semana setenta de la profecía de Daniel. Acerca de este periodo, referido al final del milenio presente, nos llama el Señor Jesús a huir del Anticristo, a resistir su seducción, a perseverar hasta el fin en la fe, puesto que es la última gran prueba, tal como enseña el párrafo 675 del Catecismo de la Iglesia católica, que versa sobre la impostura religiosa suprema del Anticristo, pero esto evoca también, si profundizamos en el capítulo 17 de san Lucas, el relato de Lot, que escapó de Sodoma para evitar el fuego del cielo. De acuerdo con la profecía de san Pedro, al terminar el milenio presente sucederá el fin del mundo posdiluviano por el fuego del cielo, lo que repite san Agustín. Por su parte, san Vicente Ferrer, en uno de sus sermones sobre el Anticristo, habla del fuego del fin del mundo, una vez que haya aparecido el Anticristo. A este respecto, invito a la lectura de mi ensayo publicado en la página web de *Adoración y Liberación* el 3 de octubre de 2021, «Las siete edades de la Creación y los mil años según el Apocalipsis», donde sostengo que luego del milenio presente, que es el sexto, advendrá el descanso sabático del séptimo milenio, es decir, la era *posparusíaca*, el Reino de Cristo milenarío en la *Jerusalén celeste*, que es la morada eterna de Dios (cf. 2 *Cor* 5, 1), tras el cual los elegidos gozarán eternamente del octavo día en el mundo futuro (cf. *Hb* 6, 5; *Ef* 1, 21).

En el fondo, ante la pregunta de los discípulos: «cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de tu venida y del final del mundo» (*Mt* 24, 3), la respuesta clave del Señor Jesús es esta: estudiar la profecía de Daniel. Si me preguntaran cuándo comenzó la semana setenta, si quisieran conocer la fecha exacta de su comienzo, diría que no lo sé, porque no soy adivino. A lo mejor podemos solamente tantear un mínimo y un máximo con base en la Escritura, como también en la experiencia cotidiana de la historia. Respondería lo mismo que le fue revelado al profeta Daniel. Leemos: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está al frente de los hijos de tu pueblo; será tiempo de angustia,

como no lo ha habido desde que existe nación alguna hasta aquel tiempo» (*Dn* 12, 1). El tiempo de angustia, a mi entender, es la gran tribulación, «como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (*Mt* 24, 21). Uno de los ángeles que ve Daniel le pregunta a otro ángel: «¿Cuándo será el cumplimiento de estas maravillas?» (*Dn* 12, 6), que son las concernientes a la salvación de los elegidos y a la resurrección de los muertos después del tiempo de angustia, y la respuesta es incluso enigmática para el profeta: «Un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, y cuando acabe de romperse la fuerza del pueblo santo, se cumplirá todo esto» (*Dn* 12, 7). En otras palabras, aquí tampoco se le dice una fecha concreta, sino la descripción de un periodo histórico: la gran tribulación de la Iglesia, que dura tres tiempos y medio, esto es, cuarenta y dos meses o bien mil doscientos sesenta días, después de la cual se cumplirán tales maravillas.

No obstante, Daniel quiere saber más: «Mi Señor, ¿qué será lo último de esto?» (*Dn* 12, 8). No se le contesta directamente, sino que se le concede conocer dos datos sustanciales: «Desde que sea suprimido el sacrificio cotidiano y coloquen la abominación de la desolación, pasarán mil doscientos noventa días. Dichoso el que espere y llegue a los mil trescientos treinta y cinco días» (*Dn* 12, 11-12). Aquí vemos, por un lado, que hay dos números de días: 1290 y 1335; por otro lado, se indica el punto de partida para contar esos días: la abominación de la desolación, acontecimiento crucial sobre el que profetizó el Señor Jesús recordando al profeta Daniel. Es más, este punto de partida comienza desde la mitad de la semana setenta, porque está escrito que el Anticristo «durante media semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda» (*Dn* 9, 27). Se trata contextualmente, sin duda, de la semana setenta. Es una semana de años que dura dos mil quinientos veinte días, o sea, dos veces mil doscientos sesenta.

Ahora bien, no creo que las dos cifras, 1290 y 1335, sean simbólicas, ornamentales o insignificantes. Un amigo mío, que es un

matemático, me preguntó: «¿Para qué Daniel oyó esos números de días?». Yo también me había preguntado lo mismo. A este profeta no le dicen *mil días*, como si se tratara de una cantidad simbólica para significar *muchos días* o bien una cantidad indeterminada de tiempo, sino exactamente las mismas dos cifras: 1290 y 1335. A no ser que sea otra cosa, nada obsta que puedan ser literalmente números de días, que se cuentan desde la fecha de la abominación de la desolación.

No creo tampoco que sean días bajo la óptica de Dios, para quien un día es como mil años, sino bajo el horizonte terrenal del hombre, que percibe la salida y la puesta del sol. Según la cuarta acepción del diccionario de la Real Academia Española, el día se puede definir de esta manera: «Período de tiempo comprendido entre el amanecer y el ocaso, durante el cual hay claridad solar». Esto es un día para nosotros los modernos occidentales, con independencia de cuál sea la duración real exacta de las horas en que el sol sea visible. El día judío, sin embargo, comienza al atardecer o al caer la noche.

Las dos cifras proféticas, por consiguiente, serían fijas, predefinidas por Dios: expresan con exactitud, ni más ni menos, la cantidad de 1290 y de 1335 días. Promete el Señor Jesús: «de no acortarse esos días, no se salvaría nadie; pero en atención a los elegidos, esos días se acortarán» (*Mt 24, 22*). Aquí se habla de los días de la gran tribulación, que dura cuarenta y dos meses o bien mil doscientos sesenta días. En mi libro *San Agustín y el final apocalíptico del milenio: examen y síntesis* interpreto que los días finales de la gran tribulación serán acortados desde algún momento no por la cantidad sino por la duración de las horas en que el sol sea visible. En otras palabras, habrá finalmente la misma cantidad de días: 1290 y 1335, pero en los últimos del periodo de la gran tribulación el sol saldrá y se pondrá más rápido, lo que significa que el día pasará más pronto, durando un tercio menos

de lo habitual, según la cuarta trompeta del Apocalipsis: «no hubo un tercio del día ni, igualmente, de la noche» (*Ap* 8, 12).

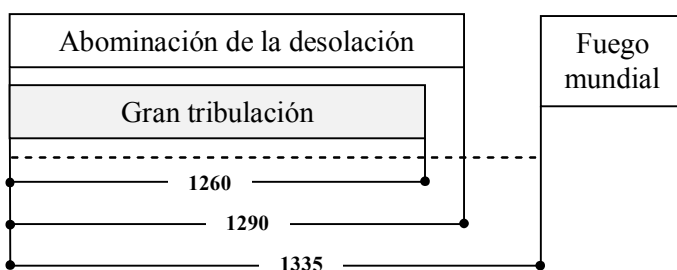
Pienso, si no me equivoco, que después de la gran tribulación, que dura cuarenta y dos meses o bien mil doscientos sesenta días, habrá un tiempo de oscuridad mundial: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo y las potestades de los cielos se conmoverán» (*Mt* 24, 29). Es lo que llamo el *apagón cósmico*, como para vengarse Dios de aquellos impíos que tal vez, como ahora se pronostica, hayan perjudicado el planeta con el *apagón eléctrico*. «¿Qué será el día del Señor para vosotros? Será tinieblas y no luz» (*Am* 5, 18). Cuando haya ocurrido la Parusía, la circunstancia planetaria parece ser esta: «En aquel día no habrá luz, sino frío y hielo» (*Za* 14, 6). Desde entonces, pasada la gran tribulación, faltarán treinta días para cumplir la cantidad de 1290, además de setenta y cinco días para completar la cantidad de 1335. Aquellos días sin la luz del sol serían difícilmente diferenciables, a no ser con la ayuda de un reloj predispuesto para contar las horas. En este sentido, es incierto dar con el día y la hora de la Parusía.

Dadas las dos cifras, 1290 y 1335 días, que se cuentan desde la abominación de la desolación, junto con la cifra adicional de 1260 días del periodo de la gran tribulación, además de que la semana setenta dura 2520 días, es posible fijar el comienzo de esta semana en alguna fecha, al menos con el fin de prepararse espiritualmente para recibir al Señor Jesús. Son datos matemáticos con que fácilmente, si se los comprende de modo literal, se puede elaborar un modelo cronológico del final del milenio presente. En todo caso, la semana setenta, si creemos en la profecía, debe comenzar en algún momento histórico, en alguna fecha concreta. ¿Cuándo? En retrospectiva, lo podemos saber con relativa certeza cuando haya sucedido la abominación de la desolación, acontecimiento que ha de ser, sin duda, mediático. Si no fuera así, ¿cómo habríamos de

percibir la *señal* sobre la que nos advirtió el Señor Jesús cuando les respondió a sus discípulos?

Como detallo en mi libro, la semana setenta posee al menos tres fechas fijas, que guardan la misma distancia temporal entre sí: la fecha inicial, que se refiere a la transgresión y con que empieza el septenio del Anticristo, la bestia que sube del abismo; la de la mitad, que se relaciona con la abominación de la desolación y desde la que comienza el periodo de la gran tribulación, y la fecha final, cuando sucede el apagón cósmico. Son tres hitos fundamentales.

El siguiente esquema, partiendo desde la mitad de la semana setenta, resume lo expuesto. La abominación de la desolación dura mil doscientos noventa días, según lo escrito: «Desde que sea suprimido el sacrificio cotidiano y coloquen la abominación de la desolación, pasarán mil doscientos noventa días» (*Dn* 12, 11); y la gran tribulación, que es el tiempo que Dios concede al Anticristo quebrantar a la Iglesia, dura mil doscientos sesenta días (cuarenta y dos meses). Los mil trescientos treinta y cinco días serían el límite temporal del fin del mundo posdiluviano, momento en que caería el fuego del cielo.



Por mi parte, he estado tanteando que la semana setenta comenzó el 4 de octubre de 2019, día de la profanación en el Vaticano con la Pachamama, no sin la connivencia del obispo romano vestido de

blanco. De manera pública, escandalosa e insólita, se transgredió entonces el primer mandamiento de la Ley de Dios: «No tendrás otros dioses frente a mí» (*Dt 5, 7*). Esto ocurre, probablemente, en el contexto histórico de haber sido apartado el *katéjon*, el obstáculo que retiene la manifestación del Anticristo, y de haberse realizado lo que dijo la Virgen en el segundo y último mensaje de Garabandal: «A la Eucaristía cada vez se le da menos importancia», lo que, en cierto sentido, resulta ser una transgresión. Si se despreciara cada vez el Cuerpo de Cristo, la bestia que surge del abismo, el Anticristo, tomaría cuerpo desde entonces para ser un flagelo de Dios, encarnándose como el hijo de la perdición, el hombre predilecto de Satanás, el *undécimo cuerno* que despunta de la bestia del mar. La fecha de la mitad de esta semana, que corresponde a la abominación de la desolación, se obtiene sumando mil doscientos sesenta días, lo que —al parecer, inexorablemente— cae en el 17 de marzo de 2023 del calendario gregoriano.

De esta forma, siquiera para proponer una estimación, se puede tantear la fecha mínima y la máxima de la semana setenta. Quizás alguno se pregunte qué sentido tiene formular un modelo cronológico sobre esto. Más bien podemos plantear la cuestión acerca del verdadero significado de los ya mencionados cuatro números de días: 2520, 1260, 1290 y 1335, revelados a Daniel, quien quería saber los plazos proféticos por una razón especial: la esperanza de ser liberado con sus compatriotas del cautiverio de Babilonia para regresar a Jerusalén. En el fondo, es también nuestra esperanza: la de ser liberados de este mundo babilónico para subir a la Jerusalén celeste. Saber estos números de días, por lo tanto, puede ser un consuelo para no desanimarnos en la incertidumbre: el tiempo de amargura de la gran tribulación, sobre el que se exhorta a tener paciencia perseverando hasta el fin en la fe, no durará eternamente, sino que tiene un límite predispuesto por Dios.

Volviendo a la pregunta sobre la fecha que nadie sabe sino solo Dios Padre, respondo que el Señor Jesús alude al día y la hora de

su Parusía. Él puede venir a la hora prima, la tercia, la sexta o la nona, dependiendo del hemisferio o del lugar geográfico en que nos encontremos. Él puede venir en la mañana, en la tarde o en la noche, para ser como un *ladrón nocturno*, es decir, para *robar* o más bien *arrebatarse* a sus elegidos con la ayuda de los ángeles en medio del apagón cósmico. «Por eso: velad, porque no sabéis a qué hora volverá el señor de la casa, si por la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo, o de madrugada, no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos» (Mc 13, 35-36). *Velar* presupone, sin duda, estar en gracia de Dios, esforzarse en perseverar en la fe.

Más importante que acertar con las fechas es comprender la circunstancia histórica en que nos hallemos con respecto a los tiempos proféticos y, sobre todo, resucitar espiritualmente, aunque esté muy lejana la Parusía. La vigilancia debe ser continua, no sea que se haya desperdiciado el tiempo de crecer en la santidad. No sea, en fin, que alguno diga: «Ya que sé exactamente cuándo vendrá el Señor Jesús, me convertiré en el último momento», lo que es un error fatal: nadie sabe el día ni la hora en que ha de morir y comparecer en el juicio particular ante Dios.

2. ¿Cuándo y cómo crees que puede ser el Aviso?

Acerca del *cuándo* creo que puede ser el Aviso, las videntes de Garabandal han dado las pistas, algunas de las cuales se refieren en particular al contexto histórico de la expansión del comunismo, lo que podemos constatar actualmente. Es una ideología impregnada del espíritu del Anticristo —que no es más que el espíritu del mundo, todavía dominado por el príncipe de las tinieblas—, y se camufla, tomando diversos disfraces y nombres en el ámbito filosófico, económico y político, con la apariencia del bien, así como Satanás, que se transforma en un ángel de luz según la maliciosa conveniencia. Si el comunismo es intrínsecamente malo, como dijo

el papa Pío XI en la encíclica *Divini Redemptoris*, pienso que es también intrínsecamente satánico: es la doctrina profunda y seductora de Lucifer para reconquistar el mundo descristianizándolo. Arrojadas las cruces e incrementada la apostasía de las naciones, ahora se trata del poder del dragón rojo, que ha sido desencadenado del abismo: creo que este es el contexto histórico actual. Porque «no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, las potestades, las dominaciones de este mundo de tinieblas, y contra los espíritus malignos que están en los aires» (*Ef* 6, 12).

Con base en la información que dan las videntes de Garabandal, no me parece fácil determinar la fecha del Aviso. Puede haber muchas conjeturas al respecto, hasta las relativas a la fecha del Milagro, sobre la cual hay ciertas restricciones, como por ejemplo que debe caer en un jueves, día de un mártir de la Eucaristía. En mi opinión, siguiendo el modelo cronológico de la semana setenta de la profecía de Daniel que propuse en mi libro, el Aviso sucede dentro de la primera mitad de esta semana, es decir, antes de la abominación de la desolación. Incluso formulé, como le expuse a la presentadora Ana Beatriz Becerra en su canal *No tengas miedo*, el 7 de julio de este año, que el Aviso sucede setecientos veinte días después del comienzo de la semana setenta, de acuerdo con un razonamiento teológico que había elaborado: con el Aviso vendrían del cielo los dos testigos del Apocalipsis, quienes serán mártires luego de haber evangelizado contra el mundo anticristiano durante mil doscientos sesenta días, que no coinciden exactamente con los del periodo de la gran tribulación, ya que su muerte, según la Escritura, será a causa de la bestia que sube del abismo: el Anticristo.

Pero, a diferencia del inicio, la mitad y el final de la semana setenta, el Aviso es el único hito cuya fecha considero *hipotética*, es decir, no es inamovible sino prorrogable dentro de la primera mitad de la misma semana, de manera que, a mi entender, puede ocurrir

hasta unos pocos meses antes de la abominación de la desolación. No creo que el Aviso sobrevenga dentro de la segunda mitad de la misma semana, que pertenece al periodo de la gran tribulación, porque ya para entonces la humanidad se habrá dividido en dos bandos: los hijos de la luz, que esperan la Parusía del Señor Jesús, y los hijos de las tinieblas, que obedecen al Anticristo.

Precisamente, pienso que el Aviso será sorpresivo, de modo que su fecha es más bien incierta, así como la fecha de la Parusía. Esto me lleva a responder la pregunta de *cómo* creo que puede ser. Ante todo, me parece que nada será como antes cuando haya ocurrido el Aviso, puesto que consiste en un punto de inflexión único en la historia de la humanidad, que espiritualmente habrá quedado impresionada y que vivirá una época extraordinaria, apocalíptica, decisiva, poco antes de la Parusía del Señor Jesús. Desde entonces, de forma drástica, habrá que tomar partido: Dios o Satanás, el cielo o el infierno.

Sobre esto quisiera basarme en cuatro textos bíblicos que pueden correlacionarse. Soy consciente de que la palabra *Aviso* procede de una revelación de la Virgen de Garabandal, de la que no pocos clérigos, incluso laicos, son bastante suspicaces o incrédulos sobre el significado.

El primer texto bíblico es el comienzo del capítulo 10 del Apocalipsis, que nos muestra al ángel poderoso que vio san Juan «descender del cielo, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza. Su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego» (*Ap* 10, 1). Aquí noto una imagen de la Santísima Trinidad. Con el arco iris sobre su cabeza: viene de parte de Dios Padre, que no ha olvidado la promesa de la alianza con sus elegidos descendientes de Noé; su rostro como el sol: viene de parte de Dios Hijo, el Señor Jesús, la luz del mundo, con el rostro «como el sol cuando brilla en todo su esplendor» (*Ap* 1, 16); y sus pies como columnas de fuego: viene de parte de Dios Espíritu Santo, cuyo fuego enciende todas las conciencias en un nuevo y universal Pentecostés.

Este ángel poderoso, equiparable con el hombre vestido de lino que vio el profeta Daniel y que estaba sobre las aguas del río, me parece ser san Gabriel, llamado también el gran mensajero de Dios, y se manifiesta, siendo el puente entre el cielo y la tierra, para dejar un mensaje divino de advertencia, rugiendo e impac-tando con la teofanía de los siete truenos tanto en el mundo como en la Iglesia, con el propósito de convertir a la humanidad a Dios, antes de que el tiempo final se acabe, y con el ánimo de preparar a los elegidos a la gran tribulación y, sobre todo, a la Parusía.

Si no me equivoco, el Aviso conlleva un nuevo y universal Pentecostés, por el que muchos, arrepentidos, querrán convertirse para recibir al Espíritu Santo. Esto puede tener un apoyo sobre el discurso de san Pedro durante el Pentecostés acerca del profeta Joel, cuya profecía se cumplió en la ciudad de Jerusalén en el mes hebreo de Siván, correspondiente al mes gregoriano de mayo o de junio, según sea el caso. Conforme al evento del Pentecostés en Jerusalén, tal vez el Aviso suceda en algún día de mayo o de junio. Si fuera el año venidero, por dar un ejemplo, sería el 5 de junio, do-mingo de Pentecostés. Aun si supiéramos la fecha exacta, el Aviso sería sorprendente. Este es el segundo texto bíblico, cuyo alcance, a mi modo de ver, falta por cumplirse en toda la tierra: «Sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jó-venes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños» (*Hch* 2, 17). Desde entonces surgirían los apóstoles de los últimos tiempos, expresión que recojo de la doctrina de san Luis María de Monfort, y vendrían del cielo, según argumenté en mi libro, los dos testigos del Apocalipsis para orientar a la Iglesia perpleja.

El tercer texto bíblico tiene que ver con el protagonismo del príncipe de la milicia celestial. «Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. También lucharon el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron, ni hubo ya para ellos un lugar en el cielo. Fue arrojado aquel gran dragón, la serpiente antigua, llamada Diablo y

Satanás, que seduce a todo el universo. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él» (*Ap* 12, 7-9). Es un combate celeste que será previo, a mi juicio, a la abominación de la desolación. Es un combate celeste todavía pendiente, porque se refiere a una futura derrota del dragón, la serpiente antigua. No se trata, por supuesto, de un remoto enfrentamiento angelical anterior a la creación de Adán y Eva. Pienso que Satanás lo sabe. Al presentir que la guerra contra Dios la tiene perdida, se desespera y provoca con furor el desorden actual para arrebatarse el mayor número de almas al infierno. Aquí debemos observar que Satanás es arrojado a la tierra, todavía no al lago de fuego. Al respecto, el exorcismo del papa León XIII tiene un tono profético: san Miguel arcángel precipitará al infierno a Satanás *para siempre*, como ha de suceder posteriormente según la profecía del Apocalipsis: «Y el Diablo, el seductor, fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (*Ap* 20, 10).

No lo dije en mi libro, pero ahora considero que esta victoria decisiva de san Miguel, que arrojará a la tierra al dragón, parece ocasionar una tregua, una suspensión momentánea y simultánea de las tentaciones diabólicas para hacer callar al príncipe de este mundo, que confunde sin cesar, y permitir la clara escucha de la voz de Dios en todas las conciencias: «Ahora ha llegado la salvación, la fuerza, el Reino de nuestro Dios, y el poderío de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante nuestro Dios día y noche» (*Ap* 12, 10).

Vendrá un momento en que la milicia celestial se apoderará plenamente del cielo, donde no habrá ya lugar para los demonios ni para el gran calumniador, y reinará allí desde entonces, faltando por conquistar la tierra. Este asalto divino contra los poderes oscuros del infierno, en el orden sobrenatural, parece, pues, propiciar el Aviso, ayudando así san Miguel a la Virgen, la Reina de los ángeles, a conformar el Reino de María, la verdadera Iglesia, para

la batalla final contra el reino del dragón, la falsa Iglesia, en el escenario de la tierra, y ayudando así también san Gabriel, el presunto ángel poderoso con el arco iris sobre su cabeza, el rostro como el sol y los pies como columnas de fuego, a dejar el mensaje tremendo de Dios para toda la humanidad. Y leemos: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está al frente de los hijos de tu pueblo; será tiempo de angustia, como no lo ha habido desde que existe nación alguna hasta aquel tiempo» (*Dn* 12, 1). Estará san Miguel al frente de la Iglesia, en la que se incluirán finalmente los judíos que se hayan convertido a Cristo, para conducir a los elegidos a la Jerusalén celestial a través de un nuevo *éxodo*: la gran tribulación.

Quizás alguno pregunte si Dios, a la hora menos pensada, podría sorprender a toda la humanidad irrumpiendo en su conciencia. Si para un ateo es absurdo, para un creyente puede ser inverosímil. Mencionemos, por último, el cuarto texto bíblico, que concierne a la experiencia espiritual de Saulo de Tarso por el camino de Damasco, hecho histórico que al menos nos puede dar una idea de lo que sería el Aviso: una asombrosa y repentina sacudida de la conciencia. El antiguo perseguidor de los cristianos, a raíz de aquel encuentro fulminante con el Señor, se convirtió definitivamente para ser el Apóstol de los gentiles, «demostrando que Jesús es el Cristo» (*Hch* 9, 22). Mientras se dirigía a Damasco con la celosa intención de arrestar a los cristianos, «de repente le envolvió de resplandor una luz del cielo. Cayó al suelo y oyó una voz que le decía: —Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (*Hch* 9, 3-4). Era la voz del Resucitado, el Señor Jesús, que se le había aparecido.

Una de las videntes de Garabandal, Conchita González, en una entrevista de octubre de 1965, dijo: «El Aviso es algo sobrenatural que la ciencia no podrá explicar. Podrá verse y sentirse». En agosto de 1980, ante la pregunta de si el Aviso hará daño, respondió: «No, para mí es como dos estrellas que chocan entre sí y hacen un ruido enorme y despiden gran luz, pero no se caen. No nos va a

herir físicamente, pero vamos a verlo. En ese momento, veremos nuestra conciencia. Veremos todo lo malo de nuestras acciones». No dijo entonces que son dos estrellas, sino que se expresaba con una comparación: son *como* dos estrellas que chocan, truenan y relumbran.

Si, como algunos interpretan, el Aviso coincidiese con una enorme catástrofe planetaria, causada por un agente externo, sea el llamado Planeta X, ¿cómo desde entonces el Anticristo se daría a conocer mundialmente? Una catástrofe de esta magnitud, con el temido vuelco del eje de la tierra, no solo ocasionaría una gran mortandad con las inundaciones costeras, sino que puede destruir las constelaciones satelitales, los cables submarinos y las torres de energía eléctrica, estropeando gravemente la Internet y los medios de comunicación digital. ¿No volveríamos a la Edad Media? El Apocalipsis da a entender que el Anticristo será muy famoso, para lo que sería necesario preservar la herramienta de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC), teniendo en cuenta el concepto del Internet de las Cosas y la aplicación de la inteligencia artificial. Sin esta herramienta, ¿será factible ponerse la marca de la bestia para comprar y vender? Pienso que una de las armas más poderosas para que el Anticristo controle el mundo con severidad es el uso cotidiano de las TIC. Por esta razón, sospecho que el supuesto *apagón eléctrico* será temporal, no permanente, con el fin de consolidar el programa del Foro Económico Mundial: el Gran Reinicio.

En mi concepto, la catástrofe planetaria, cuya causa relaciono en mi libro con el impacto del primer cuarteto de las trompetas y que es una consecuencia de lo que llamo los castigos de Dios para purificar el mundo pecador y romper la telaraña perversa y esclavizadora del reino del dragón, sucedería después del Aviso; precisamente, después de la abominación desoladora. Tales castigos contra la gran Babilonia, que es el mundo anticristiano, motivarán al pueblo elegido de Dios, a pesar de todo, a sobrellevar la tiranía

del Anticristo, así como las plagas de Egipto facilitaron al pueblo hebreo liberarse del despotismo del faraón. Los castigos, por lo tanto, contribuyen al *éxodo* hacia la Jerusalén celeste.

Quisiera terminar hablando concretamente de la segunda trompeta del Apocalipsis: «Entonces fue arrojado al mar algo como un gran monte que ardía en llamas; y se convirtió en sangre la tercera parte del mar, y murió la tercera parte de las criaturas vivas que hay en el mar y también quedó destruida la tercera parte de los barcos» (*Ap* 8, 8-9). En mi libro sostuve que este monte ardiente me parecía un asteroide. Sin embargo, el texto citado no especifica que viene del cielo. El profeta Daniel, por su parte, habla de una piedra montañosa que golpea los pies de hierro y barro de la estatua que soñó el rey Nabucodonosor, hasta que la hace derribar: «Tal como viste que de la montaña se desprendió una piedra sin intervención humana, y que destrozó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro, así el Gran Dios da a conocer al rey lo que sucederá después de esto» (*Dn* 2, 45). En otras palabras, después de que esta piedra montañosa destruya la estatua, vendrá el Reino eterno de Dios. Los pies de hierro y barro simbolizan nuestra época presente.

Por lo visto, la segunda trompeta del Apocalipsis detalla más bien una montaña volcánica, teniendo en cuenta que hoy han estado erupcionando distintos volcanes, en especial el de la isla española de La Palma, y si cae con ímpetu en el mar, puede ocasionar una megatsunami. Pero la idea de un posible asteroide no la descarto del todo. La tercera trompeta del Apocalipsis, por lo demás, sí se refiere con claridad a un objeto del cielo, la estrella Ajenjo, que acaso sea el denominado el Planeta X, una presunta estrella enana marrón, cuya presencia y cercanía, según el criterio de algunos astrónomos, puede ocasionar el vuelco devastador del eje de la tierra. Tal vez el desastre del primer cuarteto de las trompetas, que afectará a un tercio de toda la naturaleza, se deba gradualmente, como en un efecto dominó, a una misma causa externa: la fuerza

gravitacional y magnética del supuesto Planeta X, que al aproximarse puede desprender meteoritos, precipitar la montaña de un volcán al mar, contaminar las aguas y alterar la atmósfera y el eje de la tierra.

3. La situación actual de la Iglesia católica, con dos papas que viven al mismo tiempo, uno de los cuales tiene que ser el verdadero, ¿se puede comparar con aquella circunstancia del Cisma de Occidente, siendo superable como una de las tantas crisis de la historia, o representa un momento final y apocalíptico, que augura la manifestación del Anticristo y del Falso Profeta?

Una respuesta profunda sobre este tema la puede ofrecer un historiador competente de la Iglesia. Considero que hasta cierto punto es comparable: tiene sus similitudes y sus diferencias. El Cisma de Occidente duró casi cuarenta años, de 1378 a 1417. La división entre una sucesión de papas auténticos y otra de antipapas no se había debido entonces a una crisis interna de herejía, sino más bien a las intrigas clericales de poder, lo que hacía vacilar sobre quién ostentaba la verdadera autoridad papal. En relación con nuestro tiempo, si evaluamos el estado de la Iglesia, era una época cristiana relativamente sana. Había entonces reyes cristianos, que en algunos casos podían proteger externamente a la Iglesia, hasta poner o deponer papas bien o mal; ahora casi no los hay, sino que abundan los reyes anticristianos, de modo que es mucho más factible, por ejemplo, colocar un presunto papa, es decir, un antipapa, según las necesidades de la masonería. La confusa circunstancia histórica de hoy, que evidentemente nos muestra una época poscristiana, apóstata y plagada de modernismo, tiende a confirmar que hay, en el interior de la Iglesia, un cisma en acto a causa de los falsos profetas de los que advierte el Evangelio, aunque todavía no se formalice de modo protocolario: existe lo que llaman, al frente

de la verdadera Iglesia, que se encuentra eclipsada, la Iglesia del Nuevo Paradigma, que se somete al espíritu del mundo, y es lo que, por mi parte, identifico con la gran ramera del Apocalipsis, que se prostituye con las doctrinas de demonios de la gran Babilonia, término bíblico que, más allá del sentido literal del lugar geográfico, no solo significa *confusión*, tal como precisaba san Vicente Ferrer, sino que también simboliza el mundo idolátrico y opulento, hedonista y apóstata.

Dudo que alguna vez, a estas alturas, con un clero debilitado, se declare un cisma formal en la Iglesia. Percibo la imagen de la nave de Pedro que hace agua durante la tempestad del mundo pero que jamás puede naufragar. Si al extremarse el problema no hay una solución humana, es mi esperanza que al final el Señor Jesús, en su Parusía, resuelva la crisis calmando la tempestad.

Ahora se tiene la sospecha, a veces la certidumbre, de que uno de los dos papas no es el verdadero; es decir, hay un antipapa, sobre todo si no se desdeña el dato de que la figura jurídica del *papa emérito* no existía en la historia de la Iglesia. Al respecto, valen los estudios pioneros de los españoles Antonio José Sánchez Sáez y Juan Suárez Falcó, junto con los recientes del periodista italiano Andrea Cionci. Al margen de esta discusión, algunos, que son hasta muy cultos, dan a entender que la situación actual, de alguna forma, es superable como la época del Cisma de Occidente, por lo que la Iglesia, a pesar de su peor crisis de la que se haya tenido registro, volverá nuevamente a normalizarse para seguir su curso, habiendo la nave de Pedro maniobrado con éxito una tempestad pasajera, agudizada desde los nubarrones del Concilio Vaticano II, para recibir después un sol radiante, cuando todavía el Apocalipsis no se vislumbra. Pero otros creen, dadas las condiciones históricas, que la presente tempestad es apocalíptica, solo superable con la Parusía del Señor Jesús, y que la manifestación del Anticristo final, profetizada por san Pablo, es inminente. La realidad de los acontecimientos venideros nos lo confirmará.

Quisiera centrarme en el tema de los falsos profetas de los que advierte el Evangelio. Pienso que estos, desgraciadamente, pueden llegar a ocupar los más altos cargos de la Iglesia, no solo el obispado, sino incluso el papado, siendo traidores como Judas Iscariote. No hay nada nuevo bajo el sol. En todo caso, es un misterio que Dios permite: el misterio de la iniquidad, a fin de obtener un bien mayor a partir de un mal. Los falsos profetas son tales por no guardar ni defender con integridad la verdad del Evangelio, puesto que la mezclan y contaminan con doctrinas humanas y heréticas, hasta terminar adquiriendo el espíritu del Anticristo y, lo que es peor, degenerar en la apostasía: «Queridísimos: no creáis a cualquier espíritu, sino averiguad si los espíritus son de Dios, porque han aparecido muchos falsos profetas en el mundo. En esto conocéis el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios. Ése es el espíritu del Anticristo, de quien habéis oído que va a venir, y ya está en el mundo» (1 Jn 4, 1-3).

Federico Mihura Seeber, autor del interesante libro *El Anticristo*, publicado en Buenos Aires por la editorial Samizdat en 2012, hace notar con acierto que en vez de traducirse *todo espíritu que no confiesa a Jesús* sería más adecuado decir: «todo espíritu que disuelve a Jesús, ése no es de Dios» (p. 162). La palabra *disolver* alude a la herejía, que es la corrupción de la fe, y es, por lo demás, muy especial para los masones, si recordamos el lema alquímico *solvo et coagulo*. Un libro que juzgo pertinente sobre el asunto de la masonería es el de Alberto Bárcena: *Iglesia y Masonería: las dos ciudades*, publicado en Madrid por Ediciones San Román en 2016.

Sigue diciendo san Juan para protegernos de los falsos profetas, que son lobos disfrazados de oveja y que pueden desviarnos del verdadero camino del cielo: «Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo, y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos

escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (*1 Jn 4, 5-6*).

Los falsos profetas, al profesar el espíritu del Anticristo, es decir, al predicar un Antievanglio, son anticristos: «Hijitos, es la última hora. Habéis oído que tiene que venir el Anticristo: pues bien, ya han aparecido muchos anticristos. Por eso sabemos que es la última hora. Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros» (*1 Jn 2, 18-19*).

El espíritu del Anticristo, en el fondo, niega que Jesús sea el Cristo encarnado, el Mesías verdadero para consumir la Redención del mundo. Niega, en fin, la Santísima Trinidad. Precisa san Juan: «¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ése es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo» (*1 Jn 2, 22*). Recordemos la advertencia del Señor Jesús: «El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama» (*Mt 12, 30*). Además: «Yo soy el camino, la verdad y la vida —le respondió Jesús [al apóstol Tomás]—; nadie va al Padre si no es a través de mí» (*Jn 14, 6*). En este sentido, los infieles, como los judíos y los musulmanes, además de los ateos, son anticristos porque están contra Cristo, no reconociéndole como el Mesías, y los cristianos que intenten conciliarse, a fuerza de diálogo, con las doctrinas extrañas de aquellos, sin llevarlos a la fe verdadera, lamentablemente, pueden convertirse en falsos profetas y, por lo tanto, en anticristos. Los falsos profetas de los que advierte el Evangelio, en suma, parecen en especial los que salen del cristianismo, habiendo sido bautizados, pero descienden, aunque no se declare formalmente, a la herejía o la apostasía.

El Evangelio nos recuerda, por lo demás, que incluso los Apóstoles se dieron cuenta muy tarde de que Judas Iscariote fue el traidor del Maestro. A propósito de los falsos maestros, sostendría que son necesariamente falsos profetas que, al deformar la enseñanza del Señor Jesús o apartarse de ella, engendran otros falsos profetas. Suele ocurrir, desafortunadamente, en los seminarios, hasta infectar

las bibliotecas y las predicaciones e influir en los fieles. Dice san Pedro: «Así como surgieron falsos profetas en el pueblo de Israel, también habrá entre vosotros falsos maestros. Éstos introducirán fraudulentamente herejías perniciosas: negando al Dueño que los rescató, atraerán sobre ellos mismos una pronta ruina» (2 Pe 2, 1). Por su parte, dice san Pablo: «vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos» (2 Tim 4, 3-4). Y esta exhortación suya me parece tan actual, si tenemos en mente que se ha recurrido al kantismo, al marxismo, al indigenismo: «Vigilad para que nadie os seduzca por medio de vanas filosofías y falacias, fundadas en la tradición de los hombres y en los elementos del mundo, pero no en Cristo» (Col 2, 8).

Ha habido muchos anticristos, pero vendrá el Anticristo definitivo, aquel que san Pablo llama el hijo de la perdición, y san Juan, la bestia que sube del abismo, o simplemente la bestia, espíritu infernal que de cierta forma se identifica con el número 666; y ha habido muchos falsos profetas, pero vendrá el Falso Profeta definitivo, aquel que así retrata el Apocalipsis: un cordero que habla como un dragón, siendo un espíritu diabólico, y un servidor del Anticristo final, al que exigirá a la humanidad a adorar y ante cuya presencia será incluso capaz de hacer prodigios con los que serán engañados los incautos. Es el poder religioso al servicio del poder político seductor; es un dúo satánico y perverso con la función particularmente *consciente* de arrastrar almas al infierno, por las buenas o por las malas. Según la Escritura, el Anticristo final y el Falso Profeta final no solo serán contemporáneos sino que presenciarán la Parusía del Señor Jesús, por cuyo imperio caerán vivos al lago de fuego que arde con azufre.

En mi concepto, siguiendo la lectura sucesiva del capítulo 13 del Apocalipsis, primero se manifestará el Anticristo, la cabeza principal de la bestia del mar, y luego, el Falso Profeta, la autoridad

principal de la bestia de la tierra, que implantará la falsa Iglesia del credo multirreligioso mundial, pasando del indiferentismo de la religión, que engloba por igual el judaísmo, el islam y el cristianismo, junto con el budismo y otros credos, a la idolatría de la bestia. Sin duda, adorar a la bestia, que es el Anticristo, el hijo espiritual y predilecto de Satanás, implica adorar a Lucifer, así como adorar al Señor Jesús, que es el Cristo, el Hijo unigénito y predilecto de Dios, implica adorar al Padre.

Este trascendental libro sobre san Vicente Ferrer, *Sermones del Anticristo y el fin de los tiempos*, traducido y editado por el padre Javier Olivera Ravasi en 2017, es providencial, especialmente porque el primer sermón del santo, que versa sobre el Anticristo oculto, contiene una revelación privada. Con relación a la pérdida y caída de la dignidad eclesiástica, encontramos este fragmento: «Y quien leyere entienda, porque brevemente quiero exponer lo que a mí me fue declarado debajo desde entendimiento y sentencia» (p. 20), y con relación a la pérdida de la fe católica, leemos: «Todo lo escrito fue dicho de parte de Dios a San Vicente Ferrer y más aún le fue demostrado en espíritu» (p. 34). Este santo, que vivió en directo el Cisma de Occidente —a pesar de haberse decantado por el cardenal Pedro de Luna, que llegó a ser el antipapa Benedicto XIII—, fue apodado el Ángel del Apocalipsis, identificándose con estos versículos: «Y vi a otro ángel que volaba en lo alto del cielo, llevando un evangelio eterno para anunciarlo a los que habitan en la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo, y diciendo con voz fuerte: —Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas» (*Ap* 14, 6-7).

San Vicente Ferrer, en su primer sermón, habla de dos Anticristos: el oculto y el público. El oculto, que es un *religioso*, es el que disimula: es un lobo disfrazado de oveja, es decir, un falso profeta. Es *oculto* no porque se esconde de los demás sino porque encubre sus malas intenciones. De él afirma que es un pastor ídolo,

de santidad fingida; propiamente, un antipapa hipócrita, inspirado por el Diablo, al que muchos eclesiásticos obedecerán engañados. Su presencia significa un castigo de Dios para purificar la Iglesia, como también un engaño diabólico, y con él comienzan las tribulaciones justo antes del fin del mundo por el fuego del cielo (p. 28). Por su parte, el Anticristo público, que es un *político*, es el manifiesto: es el lobo patente, la bestia del Apocalipsis, cuya presencia indica que el fin del mundo por el fuego del cielo será muy pronto. Resulta curioso que, a pesar de haber dado serios consejos para evadir las peligrosas implicaciones de obedecer a este antipapa, que será un falso profeta, haya terminado san Vicente Ferrer apoyando a Pedro de Luna, que le habría parecido un cardenal digno del cargo de papa.

Valga anotar que los dos Anticristos, el oculto y el público, *no actúan al mismo tiempo*. Para san Vicente Ferrer, una vez muerto el Anticristo oculto, que es el último antipapa de la Iglesia, reina el Anticristo público, que seducirá al mundo de todas las formas posibles para hacer creer que él es el Mesías. Únicamente los que le resistan serán perseguidos o martirizados. A su juicio, no habrá desde entonces otro antipapa hasta el fin del mundo.

Sin embargo, hay un detalle que me parece digno de atención. Siendo coexistente con el antipapa, estará el papa verdadero, que san Vicente Ferrer, interpretando una profecía de Ezequiel, llama varón vestido de blanco, anciano y casto (p. 31), «varón muy santo» o bien «Papa blanco» (p. 33), «quien dará la señal de la Tau a todos los que estén tristes» (p. 33). De él dice que «verá la muerte del Anticristo oculto» (p. 33), será testigo de la muerte de este antipapa durante una persecución. Pero hay algo más: el Anticristo público, la bestia del Apocalipsis, perseguirá al papa blanco (p. 31).

¿Cómo conciliar esta revelación privada de san Vicente Ferrer con la Revelación pública, inclusive con el Tercer Secreto de Fátima? ¿Puede tener alguna relación coincidente con la situación

actual de la Iglesia, que nos evidencia dos papas que viven a la vez?

Opino que el papa blanco sería el papa angélico del que hablan muchas revelaciones privadas de diferentes lugares del mundo —o bien Pedro Romano, si le creemos a san Malaquías de Armagh—, enviado por Dios desde el cielo para guiar a la Iglesia durante la gran tribulación. En mi libro lo identifico con san Juan Evangelista, quien sería, finalmente, el ángel del Apocalipsis que vuela como el águila para anunciar el Evangelio al orbe entero: «Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio» (*Ap* 14, 7). Quizá san Vicente Ferrer, que en tiempo presencié a la vez a un papa y un antipapa, sea una prefigura de san Juan Evangelista.

En cuanto al Anticristo oculto, el antipapa descrito por san Vicente Ferrer, ¿será muy osado afirmar que puede ser el oficial de hoy? Sin duda, un falso profeta se descubre por sus obras: «Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo, y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (*1 Jn* 4, 5-6). El mismo Señor Jesús nos aconsejó: «Por sus frutos los conoceréis» (*Mt* 7, 16). Claramente, los frutos están a la vista y no son pocos. Por ejemplo, el documento *Fratelli tutti*, que se ha hecho clasificar como una *encíclica*, pero que contiene un lenguaje agradable para la masonería. De hecho, fue aplaudida por la Gran Logia de España, lo que me recuerda la amonestación de san Pablo: «¿Busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿O es que pretendo agradar a los hombres? Si todavía pretendiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo» (*Gal* 1, 10). Y ya algunos aseguran que, desde la esfera religiosa, promueve la Agenda 2030 de la ONU, que es prácticamente masónica. Además, tal encíclica se expresa con un lenguaje extraño. Avisa el Señor Jesús que sus ovejas «a un extraño no le seguirán, sino que huirán de él porque no conocen la voz de los extraños» (*Jn* 10, 5). No nos dice que

solamente desoigamos la voz de los extraños, sino que huyamos del extraño. Por mucho que uno se esfuerce en esperar escuchar aquí la palabra del Buen Pastor, frecuentemente se encuentra con la voz sosa de un asalariado. Resistirle en cuanto no funja como el Vicario de Cristo, sin duda, es una obra de caridad, pues está en juego nuestra salvación.

En este sentido estricto, ¿acaso le quedaría mal la observación objetiva de ser un *falso profeta*, título que atañe en particular a la doctrina antievangélica que enseña, aunque aparente ser humilde y casto como un cordero? ¿Acaso no sería él quien «ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye» (*Jn* 10, 12)? Desde luego, su modo de comportarse, siendo la cabeza visible a la que siguen, de buen o mal grado, los cardenales, obispos y sacerdotes, además de los laicos, puede parecer el del precursor de la bestia, el líder político mundial anticristiano que supuestamente prometerá el paraíso en la tierra —que en ocasiones se adorna con la imagen de la Pachamama—, prohibirá los sacramentos y dejará a una gran porción de la humanidad abandonada en sus pecados y muerta. Se puede aseverar que un problema como tal no es el *único*, puesto que hay no pocos cardenales, obispos y sacerdotes que serían valorados como falsos profetas, pero sí es el *principal*, por cuanto, al ser la cabeza visible de la Iglesia, a quien se sujetan los demás miembros, *aparece* como el jefe supremo al que le compete poner el orden y la unidad en todo el Cuerpo Místico.

Persiste la cuestión de si pudiera ser el Falso Profeta final del Apocalipsis. Si nos atenemos a san Vicente Ferrer, el antipapa morirá *antes* de la Parusía, mientras que el Apocalipsis especifica que el Falso Profeta final, junto con el Anticristo final, será echado vivo al lago de fuego *durante* la Parusía (cf. *Ap* 19, 20). Puedo equivocarme, por supuesto, pero me atrevo a pensar y me inclino a creer que hoy estaríamos ante el Destructor revelado por san Francisco de Asís y el Anticristo oculto revelado por san Vicente Ferrer. Me parece compatible con el pastor necio profetizado por

Zacarías, cuya suerte difiere de la del Falso Profeta final: «¡Ay del pastor majadero que abandona el rebaño! ¡Que se le clave un puñal en su brazo y en su ojo derecho! ¡Que se le seque su brazo, y se le ciegue el ojo derecho!» (*Za* 11, 17), texto que sugiere su muerte cruenta. Otra es cosa es que pueda arrepentirse: el caso de Dimas, el ladrón crucificado junto al Señor Jesús, es un testimonio de que nunca será demasiado tarde.

En cuanto al Anticristo público, conjeturo que emergerá del Oriente, allende el río Éufrates, para conquistar el Occidente. No será musulmán, pero se podrá aprovechar de los ejércitos islámicos, incluso con el apoyo financiero de ciertos judíos, que acaso lo proclamen como el Mesías. Hasta cierto punto me baso en la leyenda de Nerón revivido. El mencionado libro de Federico Mihura Seeber, *El Anticristo*, diserta desde un enfoque geopolítico, sin dejar de lado el denso tono filosófico-religioso, acerca de la invasión militar del Oriente sobre el Occidente, auspiciada por algunos judíos, con el objetivo declarado de borrar el cristianismo de la faz de la tierra. «Esto, ¿hoy día? ¿Un ataque relámpago, una *blitzkrieg*, subitánea e inesperada? ¿Un hecho bélico de esta magnitud, en un mundo “pacificado”?» (p. 25).

Por lo demás, está escrito: «El día quince del mes de Kisleu, en el año ciento cuarenta y cinco, erigieron sobre el altar la abominación de la desolación» (*I M* 1, 54), un ídolo dedicado a Zeus Olímpico por el mandato abusivo de Antíoco IV Epífanes. A la mitad de la semana setenta de la profecía de Daniel, la abominación de la desolación, en el sentido de ser un ídolo, sería, a mi juicio, la misma persona del Anticristo, que pedirá ser adorado (cf. *Ap* 13, 8), pero no sin haber cumplido la desolación violenta contra la gran ramera (cf. *Ap* 17, 16-17), instalada en el Vaticano: «Se le dio un ejército contra el sacrificio cotidiano a causa de la transgresión» (*Dn* 8, 12), lo que, por un lado, es una gran abominación, pues no hay nada más desolador que suprimir a la fuerza, oficialmente, la Eucaristía, y por otro lado, paradójicamente, es una purificación concedida por

Dios. Quizás el Anticristo ídolo resista mil doscientos noventa días, que son los de la abominación de la desolación, según vimos en el esquema de arriba: desde que se le acabe el tiempo concedido de mil doscientos sesenta días de la gran tribulación, se prepararía para la batalla de Harmagedón durante el apagón cósmico (cf. *Ap* 16, 12-16).

¿A causa de esta intervención militar en el Vaticano morirá el antipapa señalado por san Vicente Ferrer, que tal vez sea el presentido Santo Padre, el obispo *vestido de blanco* sobre el que redactó sor Lucía en el Tercer Secreto de Fátima? Si es de veras el último antipapa de la Iglesia católica, ¿qué cargo ostentará el flamante Falso Profeta final, una vez que el Anticristo, la bestia, haya desolado el Santuario de Dios, sino el de jerarca de la Iglesia multirreligiosa mundial, una especie de papa de la falsa Iglesia del reino del dragón?

La respuesta de estos interrogantes retóricos la podremos saber seguramente con la experiencia de los hechos. A mi parecer, como argumento en mi libro, contra el Falso Profeta final se enfrentará el Verdadero Profeta, es decir, el papa blanco, el papa angélico, aunque haya sido despojada la Iglesia, ocupada por los secuaces del Anticristo, arrinconada en las catacumbas. No sobra indicar que habrá muchos falsos profetas que secundarán al Falso Profeta final. Dijo la Virgen de Garabandal: «Sacerdotes, obispos y cardenales van muchos por el camino de la perdición y con ellos llevan a muchas más almas».

San Vicente Ferrer nos previene: «Cuando el Anticristo y sus discípulos hagan los milagros en el nombre de Dios, y de Cristo, *pero no en el nombre de Jesús*, no le creáis, ni pongáis vuestros corazones en tales engaños y falsedades» (p. 52). Se trata de Jesús de Nazaret, el Mesías que se encarnó de la Santísima Virgen María: «en ningún otro está la salvación; pues no hay ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, por el que tengamos que ser salvados» (*Hch* 4, 12). «Porque uno solo es Dios y uno solo también el mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, que a sí

mismo se entregó en redención por todos» (1 Tim 2, 5), «para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: “¡Jesucristo es el Señor!”, para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 10). ¿No abundan los herejes y los apóstatas que *disuelven* a Jesús hasta reducirlo a ser un profeta más o un gran maestro de moral y que rebajan a María como si ella fuera una mujer común y corriente? Ellos abonan el terreno del Anticristo. Jesús y María serán los nombres despreciables o aborrecibles para aquellos anticristos.

San Vicente Ferrer también nos previene: los verdaderos cristianos, al evitar la blasfema imposición de la marca de la bestia, serán excluidos del sistema económico mundial y de las ciudades babilónicas y no podrán comprar ni vender nada, por lo que se refugiarán en las afueras, sea el campo o el desierto (pp. 58-59). ¿Qué impide que puedan ser astutos y subrepticios para conseguir algo?

Desde que haya ocurrido la abominación de la desolación, *solo desde entonces*, habremos recordado el consejo del Apocalipsis de huir de la gran Babilonia, que es el mundo del reino del dragón donde se deba adorar al Anticristo: «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis cómplices de sus pecados ni participéis de sus castigos» (Ap 18, 4). Estos castigos serían las *plagas* del primer cuarteto de las trompetas, junto con las cuales, respectivamente, se realizará, a mi modo de ver, el primer cuarteto de las copas de la ira.

Hago notar, como algo curioso y quizá casual, que el mes de Kisleu del calendario hebreo suele ser concordante con el mes de diciembre del gregoriano. El 15 de Kisleu, según los Macabeos, se puso sobre el altar del Templo de Jerusalén la abominación de la desolación; Nerón César, quien posiblemente sea el Anticristo final, nació el 15 de diciembre.

Medellín, Colombia
26 de octubre de 2021
Fiesta de san Evaristo